

COMENTARIO A UNA CONFERENCIA DE MAURICE ZUNDEL⁶

Cuando el Padre Géraud me invitó a reunirme con ustedes, con motivo de esta Asamblea General de los amigos de Maurice Zundel, para tomar aquí la palabra, él sabía que corría un riesgo. Sabiéndolo yo también, dudé en decir “sí”... Debo, en efecto, ser honesto con ustedes: conozco poco de Maurice Zundel. ¡Si apenas leí un libro de él! Lo descubrí leyendo la tesis de Marc Donzé sobre *El pensamiento teológico de Maurice Zundel*. El título de la primera edición me había atraído: *Pobreza y liberación*. Es un libro que me ha tocado mucho. Quizás porque venía a confirmar una cierta experiencia de Dios que hacía de modo incoactivo. Me consolidaba en mi propio camino y me apremiaba a ir más lejos aún. En la medida en que Marc Donzé es fiel al pensamiento de Zundel –¡les compete a ustedes juzgarlo!– me atrevería a decir que me siento en amistad con él y con ustedes... Pero de ahí a hablar delante de un auditorio de amigos de Maurice Zundel, es sin duda un poco presuntuoso de mi parte... ¡porque no puedo dudar de que todos ustedes lo conocen mucho mejor que yo!

Para que se me perdone esta presunción, me pareció que la mejor manera de reaccionar ante la conferencia que acabamos de escuchar⁷, sería volver a ella, no para decirles si estoy de acuerdo o no con el tema desarrollado allí por M. Zundel, si coincido o no, si me gustó o no. Eso interesa poco. Más bien creo que es mucho más útil para nosotros intentar discernir desde muy cerca lo que él, Maurice Zundel, quiere decirnos en esta conferencia. Si me atrevo a tomar la palabra, es por lo tanto sobre todo con ese objetivo: escrutar más su pensamiento, intentar captar un poco más que lo que retuvimos de la simple audición que acabamos de hacer.

El punto de partida: respuesta a una decepción

Es conveniente ante todo no perder de vista la razón de ser de toda esta conferencia. Alguien dijo estar decepcionado de las palabras dichas por Zundel en una instrucción precedente: *... lo que usted me ha dicho no me ha proporcionado nada, lo que yo quisiera es una técnica... una técnica de la vida espiritual*.

Aquí tenemos algo bueno para los conferenciantes y los predicadores. Cada tanto, más que alabanzas, una sana reserva, una crítica franca, una palabra verdadera. La persona confiesa su decepción. La interpelación es fuerte. Zundel se siente obligado a responderle. No se sabe si su respuesta satisfizo a la persona en búsqueda de una técnica de la vida espiritual. ¡Poco importa! Se sabe, por el contrario, gracias a ella, cómo Zundel se sitúa al respecto, y es lo que nos interesa.

Podría decirse que la respuesta de Zundel es una especie de “discurso del método”. Dado que se lo interroga en materia de técnicas y de métodos, va a decir cuál es el suyo. Y va a hacerlo de una manera muy hábil: no con un recorrido espiritual que larga palabras sin detenerse, sino primero acercándose a la persona en su propio terreno, donde piensa que está situada, después le va a revelar el suyo.

¿Qué quiere pues decir esa persona al hablar de “técnica espiritual”?

⁵ Monje de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, abad desde 1993 de la Abadía N. D. de Cîteaux (Francia).

⁶ Presentado en la Asamblea general de los amigos de Maurice Zundel, París, 26 de abril de 2003. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, de la abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina

⁷ *La vida espiritual*, Conferencia de Maurice Zundel presentada en la *Jornada de amistad* organizada por los amigos de Maurice Zundel, París, domingo 26 de abril de 2003.

Es perder el tiempo y comprometerse en un diálogo de sordos dar una respuesta de principios, si el otro no se siente primero escuchado, tenido en consideración. Probablemente, entre las dos instrucciones, Zundel tuvo tiempo de conversar con la persona que dijo estar decepcionada. Comprendió lo que ella quiso decir al hablar de “técnica de vida espiritual”. Lo explica ahora delante de todos: son *métodos que pueden estar dotados de una inmensa fecundidad*. Respuesta hábil, que muestra claramente que reconoce el valor de esos métodos, y por lo tanto en cierta manera que cree en ellos. Da ejemplos: *hay toda una tradición hindú infinitamente eficaz y venerable... La mayoría de las instituciones religiosas, de las órdenes religiosas, se han dado o han recibido de su fundador, una técnica de meditación en particular... En nuestro ambiente occidental, el yoga, en una forma muy vulgarizada, obtiene excelentes resultados...* De ahí su conclusión: *no se trata pues en absoluto de subestimar las técnicas de la vida espiritual*.

Dicho esto, ya no tiene miedo de ofender a su interlocutor confesando ahora: *Personalmente, esa no es mi dirección*. Entonces comienza la verdadera respuesta que quiere dar.

¿Cuál es entonces la “dirección” de Zundel?

La enuncia brevemente, en dos frases que son un resumen de todo lo que desarrollará a continuación:

*... mi experiencia está centrada tan fuertemente en la libertad del Espíritu y en el diálogo nupcial con la **Presencia** única, que aspiro más bien a un espacio donde no se delimiten categorías y donde el método esté subyacente, mucho más que explícito.*

*Yo diría que hay determinadas direcciones que me parecen capitales y a una de ellas, claro está, no ceso de referirme, y es ante todo al **silencio**, en particular a través de la vida monástica.*

Los colores están presentados. No hay más que sacarles partido, que hacerlos jugar juntos para componer el tablero de su conferencia.

Recurso a la experiencia

En varias oportunidades, a lo largo de esta conferencia, Zundel apela a su propia experiencia, y busca enviar a sus oyentes a sus propias experiencias. Esto quiere decir que él mismo se implica en sus palabras. No permanece a distancia. Su respuesta no es neutra. No la aprendió en un libro, fuera *La subida al monte Carmelo* de san Juan de la Cruz, o *El camino de perfección* de santa Teresa de Ávila. No es la respuesta de un buen manual de vida espiritual, ni la de un filósofo o un sabio. Su “discurso del método” no tendrá la frialdad de una respuesta cartesiana, la de un *cogito* en busca de metafísica. Tendrá por fundamento la experiencia de la vida. Su técnica de la vida espiritual le es dada por la experiencia de vida, de toda la vida.

Cuando él dice “mi experiencia”, ¡ciertamente uno puede ponerse en guardia! ¿No es abandonar una buena parte a la subjetividad, con sus desviaciones siempre posibles? Entendamos bien: Zundel quiere simplemente decir que la vida espiritual concierne a toda la persona humana, y no solamente a la zona del pensamiento, o a la del alma, o a la del cuerpo, o a la del corazón. Interesa a toda la vida y toda la vida le interesa. Llega por lo demás tan bien a hacer comprender esto, que los que lo conocieron o que hoy lo estudian de cerca, tienen mucho trabajo en alistarlos en una categoría particular: es poeta, pero no solamente poeta; es teólogo, pero no solamente teólogo; es también filósofo, sacerdote, pastor, doctor, místico, amigo de las ciencias y de las artes, hombre de diálogo y de comunión, etc. En resumidas cuentas, es inclasificable, no porque confunde todo, sino porque no separa nada. Esa es su “experiencia”, y es magistral, porque está totalmente integrada con su vida. Y dado que yo soy cisterciense, permítanme aquí aproximar su experiencia con la de un san Bernardo y la de los grandes

abades cistercienses del siglo XII que, también ellos, se refieren corrientemente a su experiencia de Dios para intentar hacer crecer en sus hermanos el gusto de buscar verdaderamente a Dios, el deseo de llegar más alto en la experiencia de Dios. En ese sentido, sobre la base de una distinción establecida por Dom Jean Leclercq en su hermoso libro *El amor de las letras y el deseo de Dios*, podría decirse que la teología de Zundel es más una teología claustral que una teología universitaria, más una teología elaborada en la escuela del amor que en los bancos de una Facultad.

¿De qué Dios tiene experiencia?

Si volvemos a la frase inicial donde enuncia en algunas palabras su experiencia, dice esto: *mi experiencia está centrada tan fuertemente en la libertad del Espíritu y en el diálogo nupcial con la Presencia única...* Dicho de otra manera, el eje de su experiencia es doble: es a la vez el de *la libertad del Espíritu* y el del *diálogo nupcial con la Presencia única*.

Es la única vez en que habla del Espíritu en esta conferencia, pero es necesario enseguida destacar que, al hablar por primera vez de Dios, lo nombra justamente “Espíritu” y el fruto que retiene de ese Espíritu, es “la libertad”. En muchas oportunidades, le hará eco en esta conferencia con el deseo de *hacer circular en toda la humanidad esta libertad divina*. No nos sorprende entonces si, al experimentar a ese Dios —a Él y a la libertad que Él da—, vemos a Zundel tomar sus distancias con respecto a toda clase de técnica o de método que pudiera ofrecer una receta inesperada para encontrarse con Él. Aunque se cuide de decirlo explícitamente, uno tiene como el presentimiento de que ve allí un riesgo de falta de respeto a esta libertad del Espíritu que sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere, sin dejarse jamás encerrar en los mejores cenáculos de la humanidad.

El *diálogo nupcial con la Presencia única* es la otra vertiente de su experiencia de Dios, de un Dios que es **Presencia**. En el texto escrito de esta conferencia que se me envió, el vocablo **Presencia** aparece con mayúscula y en negrita. Vuelve a aparecer diez veces. Por curiosidad, hice el recuento de los otros nombres dados a Dios y transcritos con mayúscula en esta conferencia: Alguien (seis veces), Señor (dos veces), el segundo Adán (una vez), el Hijo del Hombre (una vez), Cristo (una vez). Dios mismo es mencionado como tal veintisiete veces. Esto es suficiente para presentir el registro donde se juega la experiencia de Dios de Maurice Zundel. Es el registro de la **Presencia**. *Dios está ahí*, dice en la continuación de su conferencia, *somos nosotros quienes no estamos*, y es por eso que *no pasa nada*, porque nosotros faltamos a las bodas. Y hace un momento lo hemos escuchado decir:

Seguramente tenemos un vago recuerdo de Él, pensamos siempre en nombrarlo, nos acordamos de ciertas consignas, pero no las vivimos. Es raro que llevemos la identificación hasta ese matrimonio de amor que haría de nuestra vida toda entera un compromiso nupcial.

Un verdadero compromiso nupcial, si puede existir entre los esposos, es bien raro, — hay que confesarlo—, pero, si puede existir, basta para llenar la vida, para colmarla maravillosamente porque ese compromiso hace de cada gesto un gesto de amor, de cada trabajo una ofrenda de amor, de cada ausencia o presencia una renovación del amor y le da en consecuencia una dimensión infinita.

Para acercarnos mejor aún a esta **Presencia** del Dios de Zundel, es preciso tener en cuenta los principales parámetros que él le atribuye: es una *Presencia silenciosa en lo más íntimo de sí*; es una *Presencia fuera de la cual ninguna presencia es posible*; es una *Presencia que ... hace pasar de las cosas exteriores hacia lo interior*, en referencia a lo que dice san Agustín; es la *Presencia de Alguien en quien nosotros llegamos a ser alguien y que es en nosotros una fuente que brota para la vida eterna*. Y acaba por decir esta verdad temible que le es querida entre todas por cristiana en el más alto grado:

... ese Alguien es esencialmente frágil y puede estar en nosotros sin que lo sepamos, mientras lo dejamos librado a un abandono absoluto, a una indiferencia tal que parece

no existir y, es esto precisamente lo que podemos constatar en la mayor parte de nuestras vidas y la mayor parte del tiempo: Dios es inexistente.

Verdad temible sobre la que vuelve en una sucesión de ondas que nos traen, cada una, nuevas salpicaduras:

... lo que me resulta más sensible, es siempre esta conciencia de la fragilidad de Dios, esta certeza de que nuestra vida repercute sobre Él, de que es Él quien en realidad sufre las consecuencias, de que es Él quien pagará finalmente todas nuestras debilidades y de que el reino de Dios está esencialmente ligado a nuestra fidelidad.

Y entonces arriba a la conclusión que se impone:

El reino de Dios no es más que la Encarnación de Dios en nuestra vida. Es imposible que Dios entre en la historia, dado lo que Él es –es decir el amor, no es más que el amor–, es imposible que Él entre en la historia, sin nuestra mediación.

¿Cómo tiene Zundel la experiencia de este Dios?

Aquí aparece la paradoja de la respuesta de Zundel. Acordémonos cómo se tomó, desde el comienzo, muchas precauciones oratorias para mostrar su estima por las técnicas de la vida espiritual de que dan prueba tanto la tradición cristiana como las tradiciones no cristianas, y así puede afirmar, sin que pueda acusárselo de angelismo o de desdén, que esa no es su dirección. ¿Cuál es entonces su dirección? La declara sin ambigüedad: aquella que le parece capital, a la cual no cesó de referirse, *es ante todo, al silencio, que se apoya en una experiencia de encuentro con el silencio, en particular a través de la vida monástica*. De ahí el título dado a esta conferencia por aquellos que transcribieron el texto: «Silencio de presencia ante un Dios “sufriente y velado” que nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos».

Me atrevo a decir que la respuesta de Zundel es paradójica, porque al afirmar tan claramente el valor que adjudica al silencio en su experiencia espiritual, no hace otra cosa más que poner de relieve, no quizás una técnica de la vida espiritual en sentido estricto, sino en todo caso un medio privilegiado para alcanzar el fin anhelado: vivir en Presencia de Dios. Ciertamente, no es un medio cualquiera. Se puede incluso decir que, de cerca o de lejos, es un medio buscado por todas las técnicas de vida espiritual: atravesar la puerta del silencio y permanecer en él. Estar allí simplemente, presente ante la Presencia. Tal es la “dirección” de Zundel. Tal es su oriente interior. Para tomar esta dirección, considera entonces que todos los medios son buenos. A cada uno corresponde encontrarlos. Sin duda esa es la razón por la cual no predica ninguna técnica particular de la vida espiritual. Desde el momento en que la dirección que hay que tomar está claramente definida –el silencio–, cada uno es remitido a sí mismo para descubrir lo que le ayudará mejor a comprometerse en ese camino, y esto con un *maximum* de libertad:

... hay todas las libertades posibles en cuanto al camino, con tal de que el fin sea el mismo: lograr el silencio que escucha.

Si conocen las técnicas del yoga y les convienen, no duden en emplearlas, si se convierten en un camino más eficaz para descubrir el rostro del silencio.

Naturalmente, pueden también vivir el silencio en una meditación que han preparado con el método de san Ignacio, con la composición de lugar, con las diferentes articulaciones del propio discurso interior, con las conclusiones, las resoluciones, el ramillete espiritual. Muy bien, si eso está de acuerdo con su temperamento y llega a ser para ustedes algo verdaderamente espontáneo y vivo.

Yo prefiero no trazarme camino y simplemente dar al silencio, en toda su amplitud, la posibilidad de acoger la visita, según como surja en un momento dado. Pero sé que ese silencio es absolutamente indispensable y que yo no resistiría una jornada si no lo hubiera vuelto a encontrar.

Para mostrar también la libertad que se toma con relación a todo *método riguroso o resolución cerrada y soldada tan profundamente... que uno no pueda jamás soltarse*, dice todavía:

Cada día puede por lo demás ofrecer otro camino según las circunstancias y según los gustos. Cada cual tiene su potencial de admirarse orientado en una cierta dirección y la experiencia hace al hábito, y justamente lo que maravilla más profundamente a una persona es indicio de una revelación que se dirige más personalmente a ella.

¿No se puede entonces intuir que Zundel, a pesar de una aparente negación de los métodos, tiene sin embargo él también los suyos propios? Acordémonos de lo que decía en la primera parte de su conferencia: el lugar que reconoce a las artes, particularmente a la arquitectura y a la música; igualmente a la liturgia, al estudio, a la compañía de los libros que llama “compañía silenciosa”; y de una manera general a un lugar que parece ser privilegiado en su experiencia personal de la Presencia, a saber el monasterio. Es verdad, no hay aquí técnicas de la vida espiritual del mismo orden que el yoga o la oración ignaciana. ¡Eso no impide que, si ellas conducen al *silencio interior que es verdaderamente el sacramento de nuestra liberación*, uno no se equivoque en utilizarlas!

Zundel habla pues del “silencio interior” como de un “sacramento”. *Sacramento de nuestra liberación*, le dice. De todo lo que dice acerca del silencio, es sin duda aquí donde aparece del modo más irreductible a una simple técnica. Igualmente, cuando habla de *la Presencia silenciosa en lo más íntimo de sí*. Uno tiene la impresión entonces de que el silencio de que se trata, está casi personificado. Zundel no lo distingue, por decirlo así, de ese Alguien, de esa Presencia que uno “respira” (vocablo que parece gustarle mucho y que emplea uniformemente para expresar su relación tanto con el silencio como con la Presencia). El silencio deviene “sacramento”, es decir, signo eficaz, envoltura transustanciada. Y aquel que comunica ese sacramento, que sin cesar busca volver a encontrarlo, alimentarse de él, deviene él mismo *un ser de silencio, un ser que se nutre del silencio y que deviene una presencia real del único*.

Es paradójico, en consecuencia, ese silencio que en Zundel tiene, a la vez, los rasgos de un medio próximo a la técnica, y los rasgos del fin del cual él se ha hecho el rostro sacramental. Simultáneamente ascético y místico, el silencio es la “dirección” que Zundel busca tomar por todos los medios para alcanzar el fin ya mencionado: hacer circular finalmente en toda la humanidad esta libertad divina, o bien, dicho de otra manera: responder a Dios, que es “inexistente” sin nosotros para realizar en el mundo su “reino de libertad y de amor”.

Las transformaciones que se obran

Quien toma esta dirección, Zundel acaba de decirlo, deviene él mismo *un ser de silencio*, o también *una presencia real del único*, o también *alguien* y no más una cosa, o también una *fuerza* constantemente conectada con la Fuente. Es decir que uno vuelve a encontrar, aplicado al hombre que corre esta aventura, todo el vocabulario propiamente divino con el cual Zundel traza el retrato de Dios. Es sólo el uso de la letra minúscula lo que marca la diferencia. El hombre deviene presencia de la Presencia, alguien por Alguien, fuente creadora para conducir al mundo a su Fuente. Tarea que entusiasma, pero que no puede lograrse más que tomando valerosamente el camino de la humilde Presencia que se entrega a nosotros en el sacramento del silencio.

Quisiera detenerme un instante en una imagen que vuelve a aparecer sin cesar en esta conferencia, y parece ser también, muy frecuentemente en la obra de Zundel: la de la *Fuente*. Aquí, no es prácticamente cuestión de la tierra o del fuego. Es el agua, ella misma innominada, que aflora y apaga la sed del auditorio, bajo una doble forma: la *fuerza* y la *corriente de agua*. Ustedes que conocen a Zundel mucho mejor que yo, podrían decir si esta metáfora es

efectivamente una de las que vuelve a aparecer más comúnmente bajo su pluma. No me extrañaría nada. Me parece que está bien en consonancia con el clima general de su obra. Aunque profesa una admiración sin límites por san Francisco, al cual no deja por lo demás de referirse al final de la conferencia, uno puede preguntarse si él no está más cerca de la hermana agua que del hermano fuego. Sin duda no es una casualidad si lo que él subraya aquí, en san Francisco, son las lágrimas que vertió durante veinte años por la pasión de Dios hasta perder la vista. El agua de su compasión por Dios crucificado. Zundel las recibe él mismo para así serenarse.

Terminaré con esta imagen de la liquidez, unas veces fuente, otras corriente de agua y lágrimas. Fuente creadora, corriente portadora y transmisora, lágrimas de compasión. Si la dominante *zundeliana* tiene más la frescura del agua que el ardor del fuego, agreguemos enseguida que esta frescura revela una extremada fuerza de ternura. Recordemos también que todo un sector de la más católica teología y de la más sana mística coloca en la cima del testimonio evangélico el corazón de piedra que se vuelve líquido, es decir corazón de carne. Es lo que un santo Tomás de Aquino llama la *liquefactio cordis*. Puede ser que Zundel no hable de ello, pero todo lleva a creer que habitaba esa cima, o más bien ese abismo. Por mi parte, me gusta ver el agua presente en los primeros y en los últimos versículos de la Biblia, al comienzo de la creación y al término de la nueva creación. El fuego no está allí en absoluto. Uno tiene más bien la impresión de que sirve de intermedio. Es el río de vida el que irriga la ciudad de Dios. Es del río de vida de donde renacen los bautizados. Río mariano, río virginal. En sus aguas, Zundel puede hacer “oración sobre la vida”, es decir, *ver en la vida una realidad sagrada*, y por eso mismo abrirse a lo universal.

*Abbaye N. D. de Cîteaux
F-21700 St-Nicolas-lès-Cîteaux
FRANCIA*